

Formar Discípulos para Entrenar Sesión 1: Hacer discípulos, no conversos

, Ofrecido por Ron Lively, M.Div., M.A. – BiblicalMentoring.org (Estudios)

Fuente: La formación de un discípulo del Dr. Keith Phillips. Publicado por Fleming H. Revell Company, 1981. ISBN 0-8007-1181-5. Introducción de Robert E. Coleman. El contenido que aparece a continuación (excepto las preguntas de estudio) se toma directamente del libro sin revisiones. El orden de cada lección es: cita el versículo de la memoria; lee todo el capítulo bíblico de ese versículo; leer las preguntas; leer y debatir el contenido; Luego comparte peticiones personales de oración y cada una termina con una oración por las peticiones de la otra persona.

Paso 1: Oración de apertura

Paso 2: Cada persona cita el versículo de la memoria: **Mateo 28:19-20**

(véase <https://biblicalmentoring.org/index.php/training-disciples-to-train-others/>)

Paso 3: Preguntas para solicitudes personales y/o discusiones en grupo:

1. ¿Entendemos qué fue lo que Jesús, nuestro Señor, nos encargó ser y hacer?
2. ¿Cómo llegan los conversos a la fe en Cristo? Entonces, ¿cómo se convierten en discípulos?
3. Debatir ¿de quién es la responsabilidad de hacer conversos y discípulos? Comentad las implicaciones.
4. ¿Por qué es importante seguir el mensaje y el método de Cristo para edificar Su Reino?

Paso 4: Lee y comenta el capítulo bíblico

Paso 5: Lee y comenta el contenido del libro:

Introducción del libro:

Jesús vino a salvar a una raza caída y a levantar un pueblo que le alabara para siempre. En el cumplimiento de esta misión, ministró entre nosotros como siervo, cuidando a los enfermos, sanando a los desalmados y predicando el Evangelio a las multitudes. Pero a través de todo eso concentró su atención en la formación de discípulos—personas que le conocerían y seguirían sus pasos.

Tras su muerte y resurrección, antes de ascender de nuevo al cielo, les dijo a estos seguidores: "id y haced discípulos de todas las naciones." Podían entender lo que Él quería decir, porque solo les pedía que continuaran con lo que había practicado con ellos. La Gran Comisión no es una convocatoria a un nuevo curso de acción, sino la explicación de Su propia forma de misión.

Ingeniosa en su simplicidad, esta era la esencia del plan de Cristo para llegar al mundo para Dios. Sabía que no podía fracasar. Porque los verdaderos discípulos no solo crecerán en la imagen de su Maestro; con el tiempo, por Su Espíritu, reproducirán Su vida en los demás.

También es evidente que esta estrategia introduce el impulso del ministerio de Jesús dentro de la vocación de todo cristiano. Por supuesto, no muchos son llamados a pastorear una gran congregación o incluso a dar clases de Escuela Dominical, pero todos están llamados a participar en la formación de discípulos. Su encargo no es un regalo especial; es un mandamiento, y todos los que creen en Cristo no tienen más opción que obedecer.

Sin embargo, esta obligación apenas se percibe hoy en día en la iglesia. No es que se niegue el mandato, sino que la mayoría de la gente no tiene ni idea de cómo se relaciona con el trabajo diario de sus vidas.

Por eso este libro es tan bienvenido. Todo se reduce a los aspectos prácticos del discipulado. Escribiendo desde su amplia experiencia en este ministerio, el Dr. Keith Phillips comparte

principios que ha aprendido en el proceso lento y minucioso de guiar a las personas en el camino de Cristo.

Él parte de la premisa de que desarrollar el carácter es más importante que pulir sus habilidades. "Debes ser la persona de Dios", escribe, "antes de poder hacer la obra de Dios." Fundamental en este enfoque está la necesidad bíblica de morir por el egocentrismo, para que Cristo tenga un gobierno indiscutible en el corazón. Sustentando este compromiso está una actitud de sumisión ante la autoridad divina, una devoción reflejada en una fuerte disciplina personal, amor extrovertido y un sentido de comunidad.

El autor continúa detallando cómo se fomenta ese crecimiento, señalando ingredientes esenciales en la vida tanto del discípulo como del discipulado. Verás que no es una tarea fácil. Y no hay atajos. Para realizar este trabajo se debe tener una determinación resuelta y una compasión sacrificial.

Aquí es donde, finalmente, todos debemos afrontar el problema. ¿Estamos dispuestos a pagar el precio? Confiando en que este libro nos ayudará a comprender mejor la necesidad y nos inspirará a una implicación segura y con propósito en la obra de nuestro Máster, es un placer recomendártelo. - Robert E. Coleman

Capítulo 1 según el autor – Keith Phillips:

El primer mes que estuve en Watts fui testigo de un asesinato.

Ronnie era un niño enérgico y lleno de energía. Asistía al club bíblico infantil que había empezado unas semanas antes en un proyecto federal de viviendas. Me llamó la atención ese día en concreto porque caminaba descalzo por un campo cubierto de cristales rotos. No podía imaginar cómo conseguía evitar que le cortaran los pies. Sin embargo, no parecía preocuparse por nada del mundo.

De repente, un chico mayor corrió hacia Ronnie, le apuñaló en el pecho, le agarró la radio transistor y salió corriendo. Ronnie cayó al suelo.

No me lo podía creer. Empecé a sudar frío. Se me pusieron las palmas sudorosas. Mi corazón latía con fuerza mientras corría hacia él. Tenía miedo de que alguien me pidiera ayuda. Quería hacerlo, pero no sabía qué hacer. Así que me quedé perdido entre la multitud.

La reacción de los niños y adolescentes que se habían reunido alrededor del cuerpo de Ronnie me dejó atónito. Esperaba hostilidad e indignación, pero en cambio actuaron como si estuvieran en una feria. Abucharon cuando llegó la policía y aplaudieron cuando llegó la ambulancia. Se rieron, gritaron e intentaron superarse con historias sobre otros asesinatos que habían visto. A nadie parecía importarle Ronnie. Ni siquiera su propio hermano mostró dolor.

Me quedé allí de pie lo que me pareció una eternidad. Lo que para mí era absolutamente aterrador aparentemente era un evento común para todos los demás. Pero esto era solo el principio, el primero de una serie de sorpresas que me romperían el corazón por este campo misionero al que Dios me había llamado.

Mientras me alejaba del campo donde murió Ronnie, un joven llamado Jimmy me dijo con naturalidad: "No es gran cosa. Aquí la gente muere todo el tiempo. Mi primo de un año fue asesinado hace un par de meses. Gritaba a las dos de la mañana porque estaba enfermo. Su madre estaba muy enfadada. Ella lo sacó de la cama y lo tiró por la ventana. Se le rompió la cabeza..."

Cuanto más escuchaba, más aprendía.

Ninguno de los niños que conocí conocía a su padre. No parecía molestarles. Así era como era.

Al principio no podía creer que Darrell me dijera la verdad cuando decía que no había comido en tres días. Sabía que nadie pasaba hambre en América. Pensé que intentaba engañarme. Pero luego descubrí que su madre, una adicta, gastaba sus escasos ingresos en narcóticos.

Sabía que Teresa, de doce años, tenía un hijo, pero me desconcertó cuando me dijo que su bebé era su hermano. Más tarde descubrí que fue el padre de Teresa quien la dejó embarazada.

Estaba Rhonda, de dieciséis años, madre de dos semanas, que no podía soportar el llanto de su bebé. Se drogaba y golpeaba a su hijo con los puños, rompiéndole las costillas y perforándole los pulmones.

Belinda, de nueve años, vivía en constante terror de los abusos sexuales por parte de su tío. A su madre no le importaba. Sus hermanos y hermanas solo se rieron y se burlaron de ella.

El horrible deterioro y la desesperación en el gueto me dejaron atónito. Era como entrar en otro mundo: hambre, abuso, drogas, muerte, madres de doce años, hijos ilegítimos. A nadie le importó. A nadie le importaba.

Sabía que Jesús debía ser la respuesta a estas grandes necesidades físicas y espirituales. Pero no tenía ni idea de cómo hacer que el evangelio fuera relevante para el gueto.

El único enfoque que se me ocurrió fue la evangelización masiva. Así que empecé clubes bíblicos para niños en Watts. Vinieron decenas de niños. ¡Todos querían "aceptar a Jesús"! Y todos querían traer a sus amigos. Las madres apreciaban que sus hijos "aprendieran a ser religiosos", y los adolescentes estaban ansiosos por saber cuándo empezarían los clubes para ellos. En pocos años, 300 voluntarios de colegios cristianos se unieron a mí para impartir estudios bíblicos semanales a cientos de niños.

Organizábamos reuniones evangelísticas. Mucha gente asistió—algunos solo para ver a "esos blancos". Predicaba un mensaje sencillo de salvación, y casi todos levantaban la mano para indicar su deseo de que sus pecados fueran perdonados y de estar en paz con Dios. Meticulosamente rellenamos tarjetas de decisión y enviamos fielmente material de seguimiento a cada nuevo converso, sin darnos cuenta de que muchos de ellos eran analfabetos.

Rezaba con un adicto o un niño descuidado, decía "Dios te bendiga" y luego me iba. Como no podía pastorear a todos estos nuevos cristianos, razoné que el Espíritu Santo se encargaría de ellos.

Cientos de personas en el gueto de Los Ángeles "aceptaron a Cristo." Mis amigos me dieron una palmada en la espalda y me aseguraron que lo estaba haciendo muy bien. Quería creerles. Y durante un tiempo, lo hice.

Pero a medida que los meses se mezclaban con años, tuve que admitir que había un problema serio. Con todas estas decisiones para Cristo debería haber cambiado vidas—cientos de ellas. Pero por mucho que busqué, no pude encontrar ni uno solo! Algo había salido mal.

En parte por orgullo, en parte por ignorancia, seguía esperando que las cosas se arreglaran de alguna manera. Pero no podía quitarme de encima la sensación persistente de que todo había sido en vano. No había frutos duraderos. La rotación en mis clubes bíblicos era demasiado alta. Cada semana venían niños diferentes. Los adolescentes que habían aprendido de Cristo de niños seguían siendo amistosos, pero se habían convertido en proxenetas, prostitutas o traficantes. Antiguos chicos de clubes bíblicos se juntaban a bandas callejeras. Parecía que el evangelio no había funcionado.

Me desanimé. Casi lo dejo.

Desesperado, acudí a la Palabra de Dios. Por primera vez en mi vida quería ver lo que Dios decía, en lugar de demostrar lo que ya sabía.

Mientras leía Mateo 28:19,20, recibí una revelación sorprendente. La comisión de Cristo a Su Iglesia no era "hacer conversos", sino "hacer discípulos". ¡Eso fue todo! Aunque no entendía todas las implicaciones, supe de inmediato que el discipulado había sido el ingrediente que faltaba en mi ministerio.

Tenía cientos de muescas en mi cinturón evangelístico, pero no podía encontrar ni un solo cristiano maduro. Había proclamado el evangelio, pero no había logrado hacer discípulos.

Cuanto más estudiaba el Nuevo Testamento, más firme se volvía mi nueva convicción. El discipulado es la única forma de evitar la desnutrición y la debilidad en los niños espirituales de los que soy responsable. Es el único método que producirá cristianos maduros capaces de revertir la decadencia física y espiritual en el gueto.

Sabía que Dios estaba afligido por mi enfoque inicial hacia el ministerio. Me comprometí a partir de ese momento centrar todos los recursos que el Señor me diera en hacer discípulos. (pp. 11-14)

Paso 6: Termina compartiendo peticiones personales de oración y cada persona orando por las demás peticiones.

Revisado 20260820